

1 1.º domingo ordinario B



*Tú eres mi auxilio; no me deseches,
no me abandones, Dios de mi salvación. (Sal 26,9)*

Primera lectura

Ezequiel 17,22-24

Esto dice el Señor Dios: – Arrancaré una rama del alto cedro y la plantaré. De sus ramas más altas arrancaré una tierna y la plantaré en la cima de un monte elevado; la plantaré en la montaña más alta de Israel, para que eche brotes y dé fruto y se haga un cedro noble. Anidarán en él aves de toda pluma, anidarán al abrigo de sus ramas. Y todos los árboles silvestres sabrán que yo soy el Señor, que humilla los árboles altos y ensalza los árboles humildes, que seca los árboles lozanos y hace florecer los árboles secos.

Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré.

Segunda lectura

2 Corintios 5,6-10

Hermanos y hermanas: Siempre tenemos confianza, aunque sabemos que, mientras vivimos, estamos desterrados, lejos del Señor. Caminamos sin verlo, guiados por la fe. Y es tal nuestra confianza, que preferimos desterrarnos del cuerpo y vivir junto al Señor.

Por lo cual, en destierro o en patria, nos esforzamos en agradarle. Porque todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir premio o castigo por lo que hayamos hecho en esta vida.

Evangelio

Marcos 4,26-34

En aquel tiempo decía Jesús a las turbas: – El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. El duerme de noche, y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega.

Dijo también: – ¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas. Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Meditación

El evangelista pone en boca de Jesús dos pequeñas parábolas que ilustran los dos aspectos – sombra y luz – de la inevitable tensión dialéctica del reino de Dios a través de la historia. La primera es la parábola de la semilla que crece sin la ayuda del campesino. En la descripción de un proceso, conocido por todos, falta curiosamente toda alusión a las demás tareas del hombre (arar, limpiar, etc.) y a su lucha contra la sequedad y el mal tiempo, mientras que, por el contrario, se subraya su conducta despreocupada hasta el momento de la siega. Solamente cuando llega el tiempo de la recolección, vuelve a ponerse de relieve el trabajo del campesino, "que echa mano a la hoz, porque ha llegado el momento de la siega". Esta última frase está tomada de Joel con una indudable referencia al juicio escatológico: el reino de Dios es una iniciativa divina; aun aceptando una colaboración humana, debe siempre quedar por encima de toda tentativa humana de guiar el curso de la operación.

La parábola, con su confiante espera de la llegada de la recolección, está dirigida contra todo tipo de actitudes que quisieran forzar la venida del reino o incluso construirlo: con la revolución nacional, como los zelotas; con la obediencia a una disciplina legal absoluta, como los fariseos; con precisos cálculos sobre el tiempo del final, como los apocalípticos. A todo esto el evangelista contrapone la apertura al futuro en la espera de lo que Dios mismo hará. No es una postura pasiva; aún más, se exige a los creyentes la aportación de sus sentimientos, de su pensamiento, de su acción, de sus tareas. Pero la iniciativa y la dirección espiritual es cosa única de Dios.

La segunda parábola subraya la capacidad de crecimiento del reino de Dios. El reino de Dios sería como un granito de mostaza, que, aun siendo al principio una pequeña semilla, se convierte después en un árbol "mayor que todas las hortalizas y echa ramas tan grandes, que los pájaros del cielo pueden anidar bajo su sombra".

Esto quiere decir que la comunidad cristiana buscaba la consolación en esta esperanza de crecimiento de la semilla arrojada por Jesús. ¿Por qué no se extiende más rápida y asombrosamente el Reino de Dios y abarca en seguida a todos los hombres? ¿Por qué es tan insignificante el número de los que creen de verdad? Jesús explica el misterio del Reino: la semilla del reino de Dios, a pesar de su pequeñez inicial, es capaz de convertirse en un árbol donde los pájaros vienen a anidar. Con toda probabilidad el evangelista piensa también en el árbol humilde de Ezequiel y se refiere a la inserción de todos los pueblos en la comunidad de Jesús. Su crecimiento es obra de Dios. No había lugar para un masoquismo resignado.

El reino de Dios se entiende en la parábola como un drama que ya ha comenzado; las demás fases se sucederán a través de la historia, pero el acto final – el reino de Dios con poder – es rigurosamente escatológico y, como tal, se realizará más allá de la Historia.